



Joseph Ratzinger, *Presente y futuro de Europa*. Sus fundamentos hoy y mañana, Madrid: Ediciones RIALP, 2023, 136 pp.

Alejandra Corredera Fernández
Universidad CEU Cardenal Herrera  

<https://dx.doi.org/10.5209/rpub.107714>

El debate moderno entre la fe y la razón parecía cerrado, o más bien parecía encerrar la fe en el “cajón” de lo subjetivo de manera irreversible. La Ilustración dejó al ámbito público bajo una única autoridad, acallando voces reputadas e ineludibles hasta entonces. Bajo los ojos ilustrados, lo experimentable y cuantificable es lo racional, lo que convierte lo posible en el único criterio para la toma de decisiones. Los fundamentos históricos, espirituales y culturales que primariamente configuraron Europa parecen difuminarse frente a estos presupuestos de naturaleza pragmática y funcional poniendo en riesgo la perdurabilidad de Europa.

El “Presente y Futuro de Europa” no puede entenderse sin echar la vista atrás. De ahí que el autor comience la obra narrando de forma sintética y perspicaz cuáles son los puntos de inflexión que dieron origen a Europa —entendida como construcción histórica y no meramente como un espacio geográfico—. Ratzinger, volviendo a los inicios, demuestra que Europa es fruto de una imagen concreta del hombre, de una concepción moral determinada y de una idea particular del derecho. Estos fundamentos han sido puestos bajo sospecha por la exaltación mítica —y, por tanto, alterada— de valores como la libertad, el progreso y la ciencia.

Consciente de la urgencia de desmitificar los valores “liberales” y con la pretensión de alcanzar una comprensión integral del hombre, apela a la fe como el mayor aliado: “Las experiencias del hombre reflejadas por las grandes religiones son fuentes permanentes de conocimiento, vivir sin tenerlas en cuenta sería una presunción que al final dejaría al hombre desorientado y vacío” (p. 51). La fe se presenta como un prisma desde el que comprender al hombre y al mundo adecuadamente, así como un instrumento corrector ante las desviaciones de la razón.

El autor considera que esta relación de complementariedad es esencial en el tratamiento de las cuestiones sociopolíticas. Esto se debe, por un lado, a la dimensión moral de la tarea política —alcanzar la justicia y la paz—, que no le permite limitarse a criterios pragmáticos. Y, por otro lado, a la necesidad de referirse al absoluto. Sin la conciencia de aquello que es verdadero, bueno, y justo, “la acción humana se pierde en la incertidumbre y queda inevitablemente a merced de las fuerzas del mal” (p. 107). Así pues, lo trascendente se convierte en antídoto frente a las mayorías dominantes que actúen contra la dignidad del hombre.

Al igual que Habermas, Ratzinger reconoce el potencial moral de los presupuestos religiosos para el ordenamiento jurídico y, más concretamente, para el mantenimiento de la democracia. No obstante, lejos de considerar el cristianismo como una mera moral que sirva al Estado, el autor de la obra propone un salto cualitativo: vivir como si Dios existiera. Propone una sociedad en la que los ciudadanos se abran a las preguntas trascendentes y en la que, reconociendo el valor de la religión, sea posible el diálogo con sociedades donde predominen otras tradiciones religiosas.

En definitiva, se trata de una lectura que abre las puertas a lo más alto. Una obra que critica con elocuencia el relativismo y demuestra la necesidad de lo absoluto —el bien y la verdad— para no caer en una crisis de sentido ni ir en contra de lo humano y lo humano. Según el autor, el reconocimiento de lo propio como lo adecuado no impide el contacto con otras culturas. Y no solo esto, sino que es el puente hacia el diálogo, puesto que en el reconocimiento de la sacralidad se produce un acercamiento a otras realidades culturales y espirituales. Si bien se trata de una idea que amplía las miras, necesita de un mayor aterrizaje, es decir, resolver cómo se aplica dicha propuesta en lo concreto.